

# Una frontera para el Bierzo

La tierra del señor de Bembibre y su amplio contorno fue muy monástica. De ahí estar puesto en razón que alguna alusión al monjerío aflore de cuando en vez en el contar historias del berciano Antonio Pereira. Por eso se sabe muy bien en esa tierra privilegiada de la diócesis asturicense lo que es una abadía. Pero el Derecho Canónico y la Historia de la Iglesia conocen otra acepción del vocablo, no el monasterio de monjes sino un cabildo secular no catedralicio. Fueron llamados así, con esa impropiedad, en el lenguaje curial, porque estando algunos exentos de la jurisdicción del obispo, se tuvo por más práctico equipararlos también en el nombre a las comunidades regulares, por lo común en esa situación, *nullius dioecesis*. Tal la colegiata de Villafranca del Bierzo, pese al desagrado endémico de la mitra, por otra parte una constante de todas las exenciones. Que ni siquiera el esplendor regio apaciguó las iras de los arzobispos de Toledo escapárseles a la de la Real Capilla de la Corte de Madrid.

Una ciudad que podríamos definir cual una encarnación de la frontera, vigía de Castilla frente a Granada desde que Alfonso XI la tomara, Alcalá la Real, fue privilegiado por el monarca con una abadía dotada de un territorio en torno, del cual la joya era Priego, luego a su vez otra encarnación, la de la gloria barroca. Aun a trueque de triplicar la palabra podríamos definirla como la encarnación de la frontera misma en la geografía eclesiástica. El consistorio alcalaíno se viene mostrando muy celoso del conocimiento de su pasado. Anualmente convoca sendos congresos a él dedicados, alternativamente a la frontera y a la abadía. Los anteriores fueron ofrendados a don Claudio Sánchez Albornoz y don Antonio Domínguez Ortiz. Este año el señuelo ha sido el abacial. Pero por primera vez abierto al estudio de las demás abadías y colegiatas de la cristiandad toda, un ejemplo pintiparado en estos días de las taifas culturales y el erizamiento de las fronteras también en el dominio del espíritu. Mas está claro que no se puede conocer lo propio sin compararlo con lo ajeno. Y que una cierta hermandad existe entre las ciudades colegiales o abaciales, como queramos llamarlas.

Villafranca, la sede de una colegiata *nullius* también, no ha podido estar mejor ni más representada, aunque por mor de las exigencias de su cargo también senatorial su alcalde lamentara no hacer acto de presencia. En la jornada central, por la mañana, Hernán Alonso abrió el apetito espiritual del auditorio al ilustrarnos la

retablística de la tal iglesia mayor. Pero sabiendo dar lo suyo a su emplazamiento, tanto el visible cual el otro, entre los episodios de Enrique Gil y las notas de Cristóbal Halffter, habiendo de calmar el asombro de quienes entonces se enteraron de lo que la prodigiosa fiesta primaveral de la poesía es. Densa su capacidad de crear una composición de lugar, de anular cálidamente los ochocientos cincuenta kilómetros que hay entre los dos lugares. Por la tarde, Gregoria Cavero rayó lo más alto, y eso aún para quienes la conocemos, en la evocación de la "biografía" sin más de la colegiata misma. Es más, para un oyente que no prestara una atención integral, habría dado la sensación de salirse de los vaivenes de la historia, que así la nitidez de su articulación mental encauzaba su devenir. Pero escuchándola sin perder ripio, se daba uno cuenta del protagonismo de la urdimbre de las luces y las sombras. Miguel Ángel González García nos hizo vivir una colegiata tan humilde como atrayente, Junqueira de Ambía.

Y el lujo fue la clausura a cargo de Antonio Pereira. De mis tiempos de filatélico recuerdo yo había países cuyos sellos se distinguían de todos los demás, habiendo conquistado la seguridad de la diferenciación, a margen de sus calores intrínsecos. Tal pasaba con los de Malta y los Estados Unidos. Perdón por lo extraño y caprichoso del cotejo, de las charlas públicas, como de la charla privada, de Antonio, podemos comenzar predicando lo mismo, su inconfundibilidad. Luego nos abruma deliciosamente todos sus demás méritos. Que podríamos resumir diciendo ni más ni menos que nos hace suyos, todo y todos de él. Así ocurrió en esa tierra entrañable, en la cual no es forastero sino consorte, al contarnos a Villafranca desde una ciudad de frontera. Aludió al sermón de tres horas largas que en la colegiata predicó el "inevitable" padre Claret cuando el viaje de Isabel II. Y su único defecto fue que su peroración duró mucho, mucho menos.

Se trató también extensamente de la Real Colegiata de La Granja. Y tan cálida resultó la hospitalidad alcalaína, empeño del alcalde Juan Rafael y el concejal Pérez Arjona, cabeza, de Francisco Toro la cabeza, corazón y brazos ejecutores que se habló de crear en la ciudad fronteriza sendas casas de Segovia y del Bierzo. En esta no faltaría nunca el cronista de la ciudad episcopal, Luis Alonso Luengo, el ausente de más presencia esos días entre todos nosotros.

**Antonio LINAGE**